



Espiritualidades laicales, en una Iglesia en salida

Pablo Palet Araneda

1 A modo de chalintukun / pentukun.

Chalintukun y pentukun son fórmulas orales propias de los códigos culturales mapuche. En el chalintukun la persona da a conocer de dónde viene, cuál es su familia y comunidad, qué es lo que hace; se presenta. El pentukun es un diálogo en el que dos peñis que se encuentran se interrogan mutuamente por la familia, la comunidad, el territorio, sus estados de ánimo. Eso les permite identificar al otro en un contexto, situarlo en un linaje de pertenencia que lo explica. Así, saben cómo interpretar lo que dice, se tejen confianzas, se posibilita el diálogo y el entendimiento.

1.1 Mi historia.

Soy hijo de Enrique Palet Claramunt y Eliana Araneda Amigo. Mi papá es periodista y diácono de la Iglesia de Santiago. Mi mamá ha sido profesora y catequista toda la vida. De ellos recibí la fe, primero como tradicional familia católica de misa dominical y buenas costumbres. Luego, cuando todavía era niño, conocimos la Renovación Carismática y la alegría del evangelio se instaló entre nosotros. Mi papá, muy cercano al cardenal Silva Henríquez, trabajó en la Vicaría de la Solidaridad justo mientras yo vivía mi juventud y estudiaba teología.

Nací en Concepción, donde quedó toda mi parentela por el lado materno; mi abuela, tíos y primos paternos eran de Talca. Estudié aquí en Santiago, en un colegio particular pagado de la Congregación de la Santa Cruz, que me marcó con dos regalos inolvidables: haber conocido el mundo de los pobres y haber participado en el movimiento scout.

1.2 Mi familia.

Soy casado hace 23 años con Rebeca Correa Del Río, a quien conocí gracias a la visita del papa Juan Pablo II a Chile. Uno se matrimonia con todo el clan del otro... que en este caso es muy grande y apatotado. Tenemos cuatro hijos, tres mujeres y un varón que van desde los 23 a los 11 años. Por muy cliché que suene, son lo mejor que me ha pasado en la vida.



1.3 Mi trabajo.

Fui durante 13 años profesor de religión en enseñanza media en colegios católicos. De dos de ellos me echaron por no aprender a tiempo que la libertad de los hijos de Dios en estas instituciones es como la democracia protegida post dictadura, posible pero como al que manda le gusta.

Llevo 19 años trabajando en la Universidad Católica de Temuco, fundamentalmente como profesor de alumnos novatos en formación religiosa y general, además de teología moral y espiritualidad para estudiantes de pedagogía en religión. También he servido en cargos de gestión académica y docente.

1.4 La conferencia.

En la cultura huinca, creo yo, podemos llegar y hablar sin mayores presentaciones porque hemos exagerado la dimensión intelectual-cognitiva del discurso. Nos comunicamos de cabeza a cabeza, decimos ideas como si estas no estuvieran teñidas de nuestras emociones, y vinculadas a nuestra historia, a nuestro ser completo. Pero la verdad es que todo lo que voy a compartir con ustedes a continuación hunde sus raíces en mi historia. Espero que me entiendan mejor habiéndome presentado. Es también una parte de querer hacer teología contextual.

Me pidieron que hablara hoy de *Espiritualidades laicales en una Iglesia en salida*. Acepté con mucho gusto. Y luego me arrepentí al dimensionar que me estaba comprometiendo a participar en un Congreso Teresiano, porque en mi recorrido de fe no me he topado con la espiritualidad teresiana más que en los poemas famosos hechos canción. Espero que sepan perdonarme esta ignorancia. Hablaré entonces desde lo que se mejor: una teología al servicio del contexto educacional y una espiritualidad de seguimiento de Jesús sin apellidos ni parroquias, construida con familia y amigos, al servicio de la vida.

Quiero partir explicando mi comprensión de los conceptos clave, lo que entiendo por espiritualidad, laicado e Iglesia en salida. Pienso que de ahí se desprenden cuatro principios orientadores para una espiritualidad de la alegría, de apertura a la diversidad, de amor a la tierra y de pequeñas comunidades. Finalizaré con una brevísima síntesis.



2 Algunas definiciones iniciales

2.1 Espiritualidad:

Por herencia de nuestra tradición greco-occidental solemos entender lo espiritual como algo opuesto a lo material. Dado que el proyecto fundamental de la sociedad moderna ha sido el solucionar las necesidades materiales y, de este modo, alcanzar una vida plena, entonces parece no haber espacio para la espiritualidad. No obstante, en la posmodernidad globalizadora actual, ha resurgido con inusitada fuerza la búsqueda de nuevas manifestaciones espirituales de muy diverso tipo; muchas de ellas mantienen la dicotomía cuerpo-espíritu, o vida cotidiana-experiencia trascendente.

En religiones tradicionales como la mapuche, en cambio, no existe ese dualismo. La vida en general y la tierra en particular son expresiones de lo sagrado. El *küme mongen* designa esa cosmovisión de armonía con la totalidad de lo existente: los seres humanos, la tierra, el universo, el tiempo, los ancestros... saber vivir bien. También en el idioma de la Biblia, Espíritu "significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad [...] algo que está dentro, que inhabita la materia, el cuerpo, la realidad, y les da vida, les hace ser lo que son."¹ De tal manera, espiritualidad no es una parte de la persona, del grupo o de la realidad, sino una forma de ser o vivir, una profunda motivación o inspiración radical de la vida humana. Podríamos decir que la espiritualidad es una categoría antropológica, propia y esencial al ser humano para ser tal.

Existe una evidente conexión entre espiritualidad y religiosidad, pero no son lo mismo. Para explicarlo hay que hacer una distinción previa. Lo que comúnmente conocemos como "religiones" es una dimensión socio- institucional, colectiva, que para efectos de diferenciar podríamos llamar "religional".² Anterior a esa dimensión cultural vinculada existe una experiencia existencial vinculada a la opción fundamental del ser humano ante las decisiones clave de la vida, ineludibles para toda persona, lo que podríamos llamar "experiencia religiosa". Es de carácter más bien personal. Obviamente ambas dimensiones están vinculadas. La experiencia religiosa fundamenta la religión, y esta contextualiza la primera. No son lo mismo ni tampoco son separables. Toda espiritualidad es religiosa si entendemos por religiosidad el carácter de experiencia humana fundamental; pero no lo es, si nos referimos a la dimensión "religional", es decir, no requiere

¹ Pedro Casaldáliga y José María Vigil, *Espiritualidad de la liberación* (Santander: Sal Terrae, 1992), p.24.

² Comisión Teológica Internacional de la Asociación Ecuménica de Teólogos/as del Tercer Mundo, "Propuesta teológica: ¿Hacia un paradigma pos-religional?," *VOICES* 35/1 (2012): 275-288.



estar vinculada a la religión como institución socio-cultural. Por eso hay quienes describen una espiritualidad laica e incluso atea.³

En resumen, al hablar aquí de espiritualidad nos estaremos refiriendo a esa **dimensión profundamente humana de conexión con nuestras verdades últimas, a esa experiencia del misterio de la existencia que sostiene nuestra cotidianeidad**, a esa búsqueda incansable y tantas veces inconsciente o a ciegas de "algo más".

2.2 Laico, laicales:

Pese a que es bastante evidente que los laicos somos la gran mayoría de los fieles, la forma más usada de describir al laicado ha sido por oposición o negación de los ordenados, el clero; y en forma más amplia, aunque menos técnicamente rigurosa, también en contraste con la vida religiosa. Laicos son los no curas ni monjas. Por otra parte, sabemos que es la fe y el seguimiento de Jesucristo expresados sacramentalmente en el bautismo lo que nos constituye cristianos; el sacramento del orden en cambio, ha permitido constituir la jerarquía de la Iglesia; y los religiosos se consagran mediante votos de castidad, pobreza y obediencia. Podríamos decir que, muchas veces y lamentablemente, ellos se han "separado" de la experiencia compartida de ser fiel laico; que ellos son los no-laicos.

Sin embargo, no basta la mera constatación demográfica ni el contraste con el clero. Fuera del ámbito eclesial, al hablar de laico, laicismo o laicidad se hace referencia a la independencia de la sociedad civil de toda influencia confesional o eclesial. El ciudadano, independiente de sus creencias o convicciones, es laico en la medida que rige su conducta por criterios racionales, participa de la esfera pública y demuestra autonomía de los líderes religiosos. Nos topamos con una nueva dicotomía, la separación fe – vida, y/o fe – razón.

Una tercera dificultad está en la identificación de laico y agente pastoral, limitándolo a “tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad” (EG102). Aquí se da una separación Iglesia-mundo.

Para superar estas tres dificultades en el uso del término ‘laico’, les propongo entender el carácter laical en línea con Aparecida como “discípulo y misionero de Jesucristo” (DA213), y un poco más allá como la manera de ser seguidor de Jesús en el anuncio del Reino, que es la santificación de la sociedad, la construcción de la civilización del amor, dejar un mundo mejor. Y

³ Francesc Torradeflot, “Espiritualidad laica y espiritualidad atea,” *Horizonte* 12/35 (2014): 716-745.



esto es tarea de todos, varones y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos, dentro y fuera de la comunidad eclesial, incluso reconociéndose o no creyentes.

Así, las dos notas esenciales de **esta comprensión del laicado son la diversidad propia de todos los hijos e hijas de Dios sin mayores distinciones, y la vocación misionera, exocéntrica, de servicio al otro.**

2.3 Iglesia en salida:

La expresión *Iglesia en salida* es usada frecuentemente por el papa Francisco para impulsar el carácter misionero connatural de la Iglesia. Lo dice explícitamente en los números 20-24 de *Evangelii gaudium*, donde recuerda la dinámica de éxodo que atraviesa toda la experiencia de Israel y de envío propio de la primera comunidad cristiana. También nos desafía a romper la comodidad y seguridad, a aceptar la libertad de la Palabra y a vivir la alegría del encuentro. Nos habla de comunidades que “primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y que festejan” (EG24). Es un discurso que no se centra en la autopreservación de las estructuras institucionales sino en la gozosa tarea de anunciar el Evangelio (EG27), asumiendo todos los riesgos de dejarse llevar donde el Espíritu sople (EG280). Nos dice el papa: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG49).

Evangelii Gaudium propone una comprensión de la Iglesia como “comunidad misionera”. Con eso recoge la eclesiología de comunión de *Lumen Gentium*, y a la vez una dinámica extrovertida y evangelizadora típicas de Aparecida. La comunión no se verifica en las estructuras, ni en los planes pastorales, ni en la centralización de las decisiones sino en la tarea evangelizadora. Cristian Roncagliolo explica que esta dimensión misionera permite entender que “la comunión es diversidad.” Comentando la encíclica afirma que:

las diferencias entre personas y comunidades, entre iglesias particulares y movimientos, que a veces resultan incómodas, no son una amenaza para la unidad, porque es el Espíritu Santo –principio de unidad–, quien suscita esa diversidad y, al mismo tiempo, puede convertirla “en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción [...] Solo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad” (EG 131).⁴

⁴ Cristián Roncagliolo, “Iglesia «en salida». Una aproximación teológico pastoral al concepto de Iglesia en *Evangelii Gaudium*”, *TEOLOGÍA Y VIDA*, 55/2 (2014): 359.



Sergio Silva llama la atención sobre la insistencia del papa Francisco para que la Iglesia se convierta y sea pueblo. Más de 12 números hacen alusión a ello.⁵ Sin dudar de la necesidad de una profunda transformación misionera de la Iglesia, propongo que nuestra conversión eclesial consiste en ***abrir los ojos a la realidad de que la Iglesia ya es pueblo y misionero***, como lo sugieren los obispos latinoamericanos:

Damos gracias a Dios y nos alegramos por la fe, la solidaridad y la alegría, características de nuestros pueblos transmitidas a lo largo del tiempo por las abuelas y los abuelos, las madres y los padres, los catequistas, los rezadores y tantas personas anónimas cuya caridad ha mantenido viva la esperanza en medio de las injusticias y adversidades. (DA 26)

Entonces, vamos a entender la expresión de 'Iglesia en salida' como un **movimiento que supera los límites institucionales de la Iglesia mediante el cual el Evangelio se encarna, por acción del Espíritu, en múltiples y diversas formas de comunión y fraternidad, que suscitan esperanza, vida y alegría.**

En síntesis, tratando de poner en conjunto estas tres definiciones iniciales, me propongo decir algunas palabras sobre los anhelos más profundos que mueven a los seguidores de Jesús a lo largo de la vida y en medio de la sociedad, ahí donde no se perciben como tales, sin etiquetas ni liturgias. La espiritualidad de hombres y mujeres que viven su existencia como cualquier otro ser humano, pero de quienes se dice: "mírenlos cómo se aman".⁶ En buena medida, creo yo, es esta espiritualidad laical y en salida la que nos describe con maestría poética y mística el padre Esteban Gumucio en su "Iglesia de todos los días": *peregrina del tiempo, que se asoma en los ojos del padre y en las manos de la madre, con rostros de hombres y mujeres, que cantan, que luchan, que sufren, los pobres construyendo catedrales de paja, desperdicio y leño, con ojivas de pizarreño y lo mejor de su pobreza; Iglesia que crió los hijos que no eran suyos y rezó por muertos que la humillaron; tumultuosa de surcos milenarios, de borrachos sin remedio, de ciudadanía, De pobres en su casa, de pueblos en Fiesta, ancha y materna, Iglesia de lo imposible, la Iglesia de todos los días.*⁷

⁵ EG 28, 82, 96, 135, 139, 154, 220, 268, 269, 271, 273-4 Ver Sergio Silva ssc, "La Exhortación Apostólica del papa Francisco como desafío a los teólogos," *TEOLOGÍA Y VIDA*, 55/3 (2014): 549-570.

⁶ Tertuliano, *Apologeticum*, 39.

⁷ Esteban Gumucio ssc, *Poemas* (Santiago: Fundación Coudrin, 2005), 55-59; disponible en http://www.estebangumucio.cl/wp-content/uploads/2015/01/capitulo_06.pdf



3 Principios orientadores

¿Cuáles son las mociones profundas de mujeres y hombres, ancianos y jóvenes que en nuestra sociedad actual, y movidos por el soplo del Espíritu, buscan incesantemente la plenitud personal y social? Se me ocurren cuatro notas:

1. la fiesta, la alegría, el pasarlo bien;
2. la valoración de la diversidad, el reconocer al otro y entrar en diálogo con él (o ella);
3. el amor a la tierra, una ecología integral; y
4. los vínculos cercanos, la comunidad inmediata.

Veamos una por una estas características

3.1 Hacer fiesta

No sólo entre los jóvenes, pero ciertamente entre ellos, lo primero que salta a la vista respecto de sus intereses y motivaciones es pasarlo bien, hacer fiesta, estar alegres, ser feliz. Nuestra formación religiosa tradicional inmediatamente salta para advertirnos contra esta superficialidad. El seguimiento de Cristo pasa por la cruz, se identifica con el sacrificio, la abnegación, el dolor. ¡Sólo hay que ver la Pasión de Mel Gibson! (Me refiero a la película La Pasión de Cristo, dirigida por Gibson). Pareciera que no hay espacio para pasarlo bien porque la verdadera alegría del hombre no está en este mundo sino en el otro.... ¡cuánto daño nos ha hecho esta visión dualista de la fe!

Ciertamente hay dos niveles distintos para hablar de la fiesta. El primero se refiere a la situación puntual y concreta de tener un buen rato, divertirse, estar contentos, con buena compañía, haciendo algo que nos agrada, riéndonos, conversando, jugando, comiendo y tomando. El mismo Jesús describió al Hijo del Hombre como aquel que come y bebe, y es acusado de comilón y borracho (Mt 11:19). Un carrete, una junta, un banquete, un cotejo deportivo o un baile pueden ser distintas formas de hacer fiesta, que algunas veces terminan en borrachera y excesos o abusos. Es cierto que también hay comidas muy ostentosas o soberbias ceremonias que se organizan para aparentar, posicionarse o ganar estatus. Y no faltan quienes dicen estar celebrando cuando en realidad están ocultando sus dolores, miedos y frustraciones, ahogándolos en ruidos estridentes y consumo excesivo. En ninguno de estos últimos casos hay auténtica intención de compartir la alegría de la existencia.



Un segundo nivel de celebración hace referencia al gozo que provocan diferentes situaciones de la vida. La euforia de un nuevo amor, la contemplación de un amanecer o de una noche estrellada, la dicha del nacimiento de un hijo o hija, la satisfacción de un éxito alcanzado o una meta cumplida, la felicidad de ver un sueño realizado. Muchas de estas situaciones no se contradicen con el sacrificio e incluso con el dolor; algunas de hecho lo requieren. (Recuerdo la envidia que me daba ver a mi mujer durante el primer embarazo... ¡qué maravilla debe ser sentir en tu propio cuerpo como crece una vida! Por supuesto que la envidia me duró hasta el parto y de ahí nunca más.) En estos casos el pasarlo bien puede ser menos intenso y llamativo, pero es más profundo y estable.

No hay contradicción alguna entre los niveles. No son lo mismo, pero tampoco se oponen. Al contrario, hay un perfecto fluir entre uno y otro. Cuántas veces las relaciones de amistad se profundizan y se afianzan en torno a un buen asado bien conversado. La broma certera rompe el hielo y el humor agudo abre diálogos estancados. Jugando los niños y niñas crecen, aprenden, se desarrollan. Una pareja de amantes empieza una cena romántica, que lentamente se convierte en la ocasión para abrir el corazón y compartir las penas del alma; la acogida del otro tranquiliza y acerca; la intimidad se transforma en caricia y en pasión; el encuentro sexual termina en éxtasis que una buena talla cambia en risotada y alegría placentera. La humanidad ha transitado desde siempre entre estos dos niveles de bienaventuranza. Los busca, los recrea, los diversifica. Después del amor, el primero de los frutos del Espíritu Santo es la alegría (Gal 5,22), característica esencial de la presencia de Jesús y de su mensaje, prueba de la autenticidad de cualquier vida cristiana.⁸

La espiritualidad no es exclusividad de puritanos y ascetas. Es la expresión del único Espíritu en su multiplicidad de formas, expresadas en la vida cotidiana de mujeres, niños, pobres, budistas, extranjeras, pecadores, deportistas, indígenas.... y también de religiosas, obispos y pastores por supuesto. Por eso hablamos de espiritualidades. Y por eso recogemos la importancia de la alegría y la fiesta... porque si el dolor y la muerte no son castigos divinos sino parte de la condición humana, también lo son el ansia de felicidad, la música, la belleza, el bienestar, la agradable compañía de otros seres humanos que simplemente me permiten estar bien. ¡Cuántas veces usó el Señor la imagen del banquete para hablar del Reino de Dios! (¿algún biblista por aquí que se sepa el dato?). ¡Cuántas veces ha sido el buen humor lo que nos ha salvado de la negrura, la enfermedad, la depresión! ¿Cómo no reconocer la música del buen Dios en la obra del doctor Patch Adams o en el Yoga de la risa? Vivimos tiempos de estrés. Por eso, ¿qué mejor fermento en la masa y luz del candil que una espiritualidad que contagie buen humor y encienda la fiesta? Cuando juego a

⁸ José Castillo y Juan Estrada, *El Proyecto de Jesús*, (Salamanca: Sígueme, 1987).



antropomorfizar las personas de la Santísima Trinidad, la imagen preferida del Espíritu Santo es la de un jamaicano tocando reggae en una fiesta multicultural. No me tomen a mal... dije que es un juego nada más.

3.2 Apertura a lo diferente

En 2005 me tocó dirigir el proyecto mediante el cual la Universidad Católica de Temuco definió las diez competencias genéricas que aspiramos a desarrollar en nuestros estudiantes. Entendemos por competencias genéricas aquellas que permiten el desarrollo integral de los futuros profesionales, en su dimensión personal e interpersonal, que son comunes a todas las carreras y constituyen el sello formativo propio de esta Universidad.⁹ Fue un proceso largo, riguroso y participativo. A la primera instancia de decisión constituida por casi 20 personas llegó un listado de quince competencias ordenadas según los resultados de una encuesta a estudiantes, académicos y personas del medio social. La competencia de Valoración y respeto de la diversidad estaba en el lugar doce, por lo que quedaría fuera. Entonces intervino el director de la carrera de Pedagogía Básica Intercultural y habló de lo que significa en nuestra región la diversidad étnica. En esa reunión la competencia quedó entre las diez. Más adelante el Consejo Superior la ratificó, y al poco tiempo la constituyó en una de las dos competencias que llamamos identitarias. Es decir, nos proponemos que la valoración y respeto de la diversidad sea uno de los sellos formativos más evidentes de nuestra casa de estudios. Y aunque para nosotros esto hunde sus raíces en una lectura del Evangelio contextualizada a nuestra realidad, muchas otras universidades laicas también se afanan en lo mismo.

Jóvenes y adultos se movilizan y marchan para defender la diversidad sexual, las diferencias étnicas, de género, de capacidades intelectuales o físicas. En los 80 los 'nerds' eran personajes secundarios y de relleno, si es que aparecían en televisión; hoy son los protagonistas de una de las series norteamericanas más populares. La diversidad cultural, expresada por ejemplo en la preservación de las lenguas, se considera tan necesaria como la diversidad biológica, amenazada por la crisis medioambiental. El estudio de las religiones y/o del pluralismo religioso es una de las ramas con más desarrollo en la teología actual. El papa Francisco, en *Evangelii Gaudium* y especialmente en *Laudato si'* ha puesto énfasis en dar cabida a la pluralidad de voces en la Iglesia: cita 21 Conferencias Episcopales diferentes de todos los continentes. Esta misma presentación se

⁹ Universidad Católica de Temuco, *Competencias genéricas para la formación de profesionales integrales* (Temuco: Ediciones UC Temuco, 2011), 7-8.



titula “espiritualidades laicales;” estoy seguro que el plural no es un descuido gramatical sino un discurso ético-teológico-político.

Por otra parte, la globalización tiene una tendencia cultural homogeneizadora sustentada en el poder y penetración de los medios de comunicación social. Pero son estos mismos medios, además de los masivos movimientos migratorios, los que ponen la diversidad mundial a una escala local. Cuando era niño, la comida china era una novedad. Hoy tenemos restaurantes japoneses, tailandeses, coreanos, peruanos, colombianos, mexicanos, indios... ¡y me gustan todos!

¿Cuánto hay de moda pasajera en todo esto? Quizás mucho. ¿Cuánto hay de auténtica valoración del otro como legítimos otro? Quizás menos de lo que nos gustaría. Para peor, las diferencias socioeconómicas se profundizan en lo que tienen de injusticia y se aminoran en la uniformizante cultura del consumo y del desecho. En ese sentido, pareciera que la apertura a la diversidad es un gigante con pies de barro; pero como gigante es innegable.

La diversidad está instalada desafiándonos a crear nuevas relaciones inter-étnicas, inter-culturales, inter-religiosas, inter-nacionales, inter-todo. Se establece con su enorme mercado de posibilidades de sentido para el individuo (¡sí, también las visiones de sentido son diversas!) y nos obliga a reformular nuestra comprensión del libre albedrío, del discernimiento, de la cohesión social, de la institucionalidad religiosa. Sin los mega-relatos mítico religiosos de la era premoderna, ni la utopía del progreso racional de la era moderna, la posmodernidad nos deja sin certezas ni centros de poder, y nos ofrece múltiples plataformas móviles y cambiantes en las que desarrollar micro proyectos ‘mientras dure’. Sin certezas, ¿cómo estar seguros que tanta diversidad es una señal del Espíritu? Pues porque Dios es Amor gratuito y el amor exige la diferencia, la otredad. “Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen?” nos desafía Jesús (Lc 6:32).

La fórmula ‘Iglesia en salida’ pudiera evocar un impulso misionero desde adentro hacia afuera, como un movimiento de salida al mundo, como si hubiera fronteras claramente establecidas entre unos y otros. Disculpen ustedes pero se me viene a la cabeza la imagen de una viñeta de Ásterix y Obelix, en que el pequeño pueblo de irresistibles galos está rodeado de varias legiones romanas y se preparan para “hacer una salida.” Ciertamente no es lo que el papa Francisco tiene en mente. Se puede apreciar en que insiste en la conversión pastoral de la Iglesia, para que esta viva con y sea pueblo (EG 220, 268). Dice que el Espíritu “nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia” (EG 220, 268). Por lo tanto, la misión no es hacia afuera como si allá hubiera otros a quienes llegar con el anuncio del Evangelio. Todo está conectado. “En Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17:28 DHH). La Iglesia no tiene una misión propia sino que participa de la misión de Dios. El Espíritu nos antecede.



Y entonces sucede que el anuncio del Evangelio sólo es efectivo cuando lo hacemos en diálogo, buscando la expresión de ese mismo Evangelio en la verdad de nuestro interlocutor. La diversidad característica de nuestra época no es una amenaza sino que se transforma en una oportunidad para profundizar nuestro conocimiento de la Palabra de Dios en su continua comunicación con nosotros. En aquello que defiende y sostiene el otro distinto de mí puedo llegar a escuchar la voz de Dios.

3.3 Sacralidad de la tierra

A diferencia de los dos aspectos anteriores, este es mucho menos visible, menos obvio. Lo incluyo por tres razones: mi pasado en el movimiento scout que me abrió al misterio y la magia de la naturaleza, mi presente en territorio mapuche que me hace mucho más sensible a su cultura y su visión de la tierra; y también por el enorme impulso que el papa Francisco ha dado a la causa del cuidado de la Casa Común con su encíclica *Laudato si'*.

En el movimiento scout es esencial el contacto con la naturaleza. Tengo clara conciencia de momentos místicos vividos en campamento en los que tierra, noche, viento y bosque se mezclan con la voz y el canto de los amigos en torno a una fogata, y la presencia del Espíritu que casi se siente en la piel. Es la misma experiencia de los peregrinos de Emaús: “¿No sentíamos arder el corazón cuando nos hablaba en el camino?” Muchos de los que conocí esos años hoy trabajan o viven con una perspectiva medioambientalista. Por diferentes falencias, también son muchos a quienes el sexto artículo de la ley scout (amar y proteger la naturaleza) les significa poco en su vida adulta (a decir verdad, ni el sexto ni ninguno de los otros artículos). Algo similar me pasa cuando pienso en los activistas verdes de Greenpeace u otras organizaciones. Tengo la impresión que algunos de ellos, en su defensa de la naturaleza, buscan más adrenalina que la fascinación contemplativa que me provoca a mí y que me abre a una dimensión cosmológica. Por cierto que valoro muchísimo estos movimientos y trato de seguir sus campañas. Sólo que no me siento involucrado en su activismo, como sí me siento atraído por la tranquila, profunda y esencial conexión con la tierra que tienen los pueblos originarios de América, y al parecer de todas partes del planeta.

Ramón Curivil, filósofo mapuche, sostiene que la identidad de su pueblo tiene que ver con una forma de relacionarse y comprender el *mapu* (la tierra) en su dimensión material e inmaterial. *Mapu* es el lugar que habita el ser humano y que le da sustento, el espacio físico; la misma palabra designa al territorio comunitario en su dimensión sociopolítica, el país del pueblo mapuche; y



también se usa *mapu* para designar la cosmovisión que permite comprender el universo en sus ocho dimensiones espaciales.¹⁰

En la mentalidad mapuche, lo sagrado se materializa principalmente en aquellos lugares o espacios territoriales, que están cargados y protegidos de una fuerza y de un poder misterioso (*newen*) personificados en los *geh* (dueños y protectores de ciertos espacios de la naturaleza)... lo sagrado está al alcance de todos porque está disperso en el *mapu*... en la mentalidad religiosa mapuche la naturaleza es “el templo” por excelencia.¹¹

En este sentido, la *Ñuke Mapu* (Madre tierra, nuestra Casa común) es la que fundamenta, posibilita, y da sentido al *küme mongen* (buen vivir), que es una articulación de la espiritualidad y la ética mapuche. ¿Cómo no ver la relación de estos conceptos tan propios de la identidad mapuche con las propuestas de Laudato si’?

El Santo Padre denuncia la crisis socio-ambiental, cuyas raíces están tanto en el modo en que la humanidad ha asumido la tecnología como paradigma homogéneo y unidimensional (106), como en “la cultura consumista, que da prioridad al corto plazo y al interés privado” (184). La encíclica declara reiteradamente la convicción de que “en el mundo todo está conectado,” es decir, la clave de interpretación es el ser humano en relación. Por eso nos pide “escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres.” (49) “Simplemente se trata de redefinir el progreso” (194), de “apostar por un nuevo estilo de vida” dice el papa. Para los que vivimos en una región caracterizada por una multiculturalidad negada, la conversión ecológica a que nos llama es también una apelación al reconocimiento del pueblo mapuche, su cultura y su tierra. Porque el *küme mongen* es

el anhelo de una vida en armonía con todos los seres, con los demás hombres y mujeres, con Dios y las fuerzas espirituales, y con la naturaleza en sus infinitas manifestaciones. (...) el ser humano no se adueña ni posee la naturaleza y sus bienes; interactúa con ella. El mapuche pide permiso a los ngen, para hundir el arado, para recolectar los frutos o para entrar en el mar en busca de sustento. Se busca proveer lo necesario para vivir bien sin acumular ni destruir. El *Küme Mongen* nos recuerda que no estamos solos en el mundo y que debemos aprender a convivir con la tierra y todos sus seres.¹²

¹⁰ Ramón Curivil, *La Fuerza de la Religión de la Tierra. Una herencia de nuestros antepasados* (Santiago: Ediciones UCSH, 2007), 35-38.

¹¹ Curivil, *La Fuerza de la Religión*, 39-40.

¹² Misión Mapuche de la Compañía de Jesús, “Küme Mongen: Propuesta espiritual del pueblo Mapuche,” *MENSAJE* 619 (junio 2013): 40-41.



3.4 Comunidades pequeñas

Tres anécdotas para ilustrar lo que quiero decir con esto. Pido excusas de antemano por las referencias personales. La primera: como todo padre de familia me preocupo por el rendimiento escolar de mis hijos. Tengo clara conciencia de lo que significa hacia el futuro el que te vaya bien o mal en los estudios; como eso abre o cierra puertas. Hace un tiempo, estaba tratando de transmitirle a mi hija de doce años la importancia del estudio, tengo que confesar que con poca pasión o exasperación. En algún momento ella me replicó: “¿cuándo vas a entender que a mí lo único que me importa es el amor y los amigos?!”. No sigo con la anécdota sino con la verdad existencial que mi hija me plantó en la cara: la única verdad duradera es el amor y los amigos. San Juan lo diría de otro modo: “Ya no los llamo sirvientes sino amigos. Ámense los unos a los otros como yo los he amado. Les he dicho esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices” (Jn 15:11-15 DHH). ¿Dónde, cómo y con quién vivir este amor que nos constituye?

Una idea que intenta responder esta pregunta la tomo de mi hermana periodista, editora y columnista. Cuatro años atrás escribió en una revista digital colombiana un comentario titulado “La corredora de cintas”. En lo esencial, se trata de una joven que corre por su vida, corre porque no puede no hacerlo, porque es su única vía de escape, y lo hace en cintas como las bandas transportadoras de los aeropuertos, un horizonte interminable de cintas dispuestas más o menos en paralelo y a distintas velocidades por las que la gente se desplaza como puede y gran parte de su vida depende de este movimiento constante, traicionero, extenuante. Nos cuenta que la corredora de cintas no descansa porque hacerlo es quedarse atrás, perder sus privilegios, su lugar en la sociedad. Y nunca llega a destino porque la meta es un punto móvil. Es una analogía de la vida moderna que tanto criticamos por ser deshumanizante. Y mi hermana dice:

Algunos optarán simplemente por bajarse del carro, saltar fuera de la cinta transportadora –¿debo estar siempre al día?, ¿hay que ser absolutamente modernos?–, pero para otros el camino de la rebelión contemplativa no es tan evidente. Si me interesan profundamente mis semejantes; si, poniéndonos dramáticos, prefiero morir en comunidad bajo el bombardeo antes que salvarme en solitario, el retiro no es una opción.¹³

He discutido varias veces con ella sobre este punto porque opinamos diferente. Sin embargo, ella desde su agnosticismo y yo en mi intento de seguimiento de Jesús, compartimos ese profundo interés por los semejantes, la rebeldía a dejar botado atrás a uno de los que peregrinan con nosotros. Y ambos nos quedamos pegados ante la televisión con angustia por los 43 estudiantes

¹³ Andrea Palet, “La Corredora de cintas” *EL MALPENSANTE* 118 (abril 2011), disponible en http://www.elmalpensante.com/articulo/1867/la_corredora_de_cintas



desaparecidos en México, o las matanzas del Estado Islámico, y comentamos cada una de las marchas que se suceden en nuestro país. Si mi hija me interpela con su amor inmediato, mi hermana me obliga a pensar en la solidaridad humana universal, un vínculo que me ata a todo ser humano y que, en la medida que lo fortalezco, me hace más plenamente persona. Pero, ¿cómo transitar entre el amor inmediato y la fraternidad universal?

La última anécdota es la más vieja. Hace unos 25 años tuve la oportunidad de estar por cinco minutos con el hermano Roger de Taizé. Como no se francés, poco y nada le entendí. Pero es un momento inolvidable en mi vida espiritual. Recuerdo sus ojos celestes, muy transparentes de verdad, hablando de la Iglesia o del futuro o de la vida misma, no lo sé... pero sus palabras repetidas una y otra vez eran *“petite communauté, petite communauté.”*

Esa, creo, es una clave para esta búsqueda tan hondamente humana de solidaridad y amor. Pequeñas comunidades de personas que se aman, se cuidan, se escuchan, se desafían; rezan juntas y juntos se juegan la vida por lo que creen que vale la pena. Ya no son las grandes instituciones, los partidos o movimientos sociales, la empresa en la que trabajo toda la vida, la nación de pertenencia. Sí pueden ser familias, clubes deportivos, amigos de colegio, juntas de vecinos, centros de apoderados, equipos de trabajo, la patota de la esquina incluso; también las comunidades de base. Ni cerradas sobre sí mismas, ni expuestas a la masividad globalizadora. El papa nos recuerda en Laudato si' la convicción de que “menos es más” y el ejemplo de Teresa de Lisieux que nos invita a la práctica del pequeño camino del amor (222.230). Construir pequeñas comunidades cotidianas en las que pueda florecer lo más humano de cada uno.

4 A modo de síntesis conclusiva

Una característica de la posmodernidad es la incertidumbre, que genera angustia y temor. Lo ejemplifico con la imagen de mi papá describiéndome la violencia e irracionalidad de algunas manifestaciones que le tocó presenciar hace poco (y que todos hemos visto multiplicadas por los medios de comunicación interesados en mostrar horrores). Me expresaba una gran amargura por el futuro y el no comprender lo que nos sucede como sociedad, la radical falta de confianza que parece ganarnos la partida. “Todo está podrido” dicen unos; “que se vayan todos” he dicho yo mismo. En la iglesia caemos con frecuencia en esa dinámica social de pesimismo y negatividad, apuntando con dedo acusador hacia afuera... de la misma manera que desde afuera nos apuntan a nosotros por abusadores, discriminadores, oscurantistas, aliados del poder. De hecho, hace años ya que la crisis de la Iglesia es evidente para muchos; como no creo que hayamos alcanzado el



punto más hondo pienso que se viene peor. No lo digo con orgullo ni mucho menos con satisfacción. Me duele y angustia la situación actual, de la misma forma en que imagino a Jesús en el Getsemaní diciendo “Padre, si quieres, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22:42 DHH). Me refiero evidentemente a buena parte de la institucionalidad eclesial. En el futuro, las formas en que se organice la comunidad de la Iglesia, Pueblo de Dios, serán totalmente distintas a las actuales. Este es el contexto para preguntarme por las espiritualidades laicales para una iglesia en salida.

Partí por definir los tres conceptos clave. Así, propuse entender la espiritualidad como experiencia del misterio de la existencia que sostiene nuestra cotidianidad. Tomé de Aparecida la descripción de los laicos y laicas como “discípulos misioneros en el mundo, en la perspectiva del diálogo y de la transformación de la sociedad” (DA283). Extendí la expresión ‘iglesia en salida’ para afirmar que la Iglesia, por acción del Espíritu, ya es pueblo y misionero en múltiples y diversas formas de comunión y fraternidad que suscitan esperanza, vida y alegría. Con estos parámetros, quise focalizar la mirada sobre vivencias comunes a todos los seres humanos, experiencias que nos conforten y abran a la acción del Espíritu, donde quiera que este se manifieste.

Luego expuse cuatro principios orientadores que me parecen pertinentes al contexto descrito y coherentes con el marco conceptual. El primero apuntó a una espiritualidad de la alegría. En un escenario de inseguridades, en que no se conoce bien el camino, ¡qué bien que hace al alma caminar con amigos, celebrar la vida, reírse de las penas compartidas! El segundo, destacó la apertura a la diversidad y el diálogo con otros diferentes. Aunque parezca una novedad propia de los tiempos que corren, la valoración de la diferencia es tan antigua como esencial a nuestra fe trinitaria. “Porque Dios es *uno*, precisamente por eso es también *trino*. Dios es relación extravertida eterna, Amor gratuito (...) por eso existe la multiplicidad mundana.”¹⁴ La tercera idea, a propósito de la sacralidad de la tierra, hace dialogar las orientaciones del papa en *Laudato si’* con el concepto mapuche de *küme mongen*, lo que hace evidente que la diversidad nos enriquece. El cuarto principio orientador se refiere a la vivencia de pequeñas comunidades humanas, articuladoras del amor inmediato y la fraternidad universal. En mi experiencia han sido el espacio para la intimidad con el Señor, para el aprendizaje de humanidad, para el discipulado.

A lo largo de esta ya larga exposición creo haber hablado de una espiritualidad claramente cristiana, coherente con la revelación de Dios en Jesucristo. Al mismo tiempo, me parece que es una espiritualidad compartida, propia de la experiencia humana más fundamental. Quizás hubiera sido todo más corto si les cantara un salmo que aprendí hace poco del padre Cristóbal Fones,

¹⁴ Antonio Bentué, *Espíritu de Dios y espiritualidad laical* (Santiago: San Pablo, 1998), 20-21.



misionero jesuita itinerante. Es un canto inspirado en una Oración del padre Arrupe que destaca el modo de ser de Jesús, como Él trata a las demás personas haciéndolas sentir más humanas. Pienso que de eso se tratan las espiritualidades laicales de una iglesia en salida: hacer sentir al otro más humano, más amado, más en casa.

Los dejo con la canción, muchas gracias.

Tu modo¹⁵

*Jesús al contemplar en tu vida
El modo que tú tienes de tratar a los demás
Me dejo interpelar por tu ternura
Tu forma de amar nos mueve a amar
Tu trato es como el agua cristalina
Que limpia y acompaña el caminar*

***Jesús enséñame tu modo
De hacer sentir al otro más humano
Que tus pasos sean mis pasos
Mi modo de proceder***

*Jesús hazme sentir con tus sentimientos
Mirar con tu mirada
Comprometer mi acción
Donarme hasta la muerte por el reino
Defender la vida hasta la cruz
Amar a cada uno como amigo
Y en la oscuridad llevar tu luz*

Jesús enséñame tu modo...

*Jesús yo quiero ser compasivo con quien
sufre
Buscando la justicia, compartiendo nuestra fe
Que encuentre una auténtica armonía
Entre lo que creo y quiero ser
Mis ojos sean fuente de alegría
Que abrace tu manera de ser*

Jesús enséñame tu modo...

*Quisiera conocerte, Jesús tal como eres
Tu imagen sobre mí es lo que transformará
Mi corazón en uno como el tuyo
Que sale de sí mismo para dar
Capaz de amar al padre y los hermanos
Que va sirviendo al reino en libertad*

Jesús enséñame tu modo...

¹⁵ Texto y música © Francys Adão SJ, Traducción © Cristóbal Fones SJ, Texto inspirado en el decreto "Nuestro modo de proceder", de la CG 34.



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO

IET
INSTITUTO DE
ESTUDIOS TEOLÓGICOS

CONGRESO AMERICANO Y CARIBEÑO DE
TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD

V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa: Mística y Profecía

